

El Dragón de Diego

SEGUNDO LIBRO: LOS DRAGONES
DE LA
GRIETA OSCURA

Kevin Gerard

CAPITULO UNO

XXXXXXXXXX

Nathan Sullivan se agazapó con temor frente al altar de los Dragones del Sol. Se dio unas palmadas contra los oídos, tratando de silenciar los horribles chillidos. Su alma se quemaba junto a cientos de dragones, y al mismo tiempo las voces de ellos empujaban a su espíritu hasta el límite. Sin entender su terrible agonía, él sabía que algo espantoso había ocurrido.

Conjurando toda su fuerza tensó su cuello hacia arriba. Mirando hacia el altar, vio sombras que se movían rápidamente en todas las direcciones, como una bandada de pájaros sobresaltados. Las lágrimas fluían de sus ojos mientras miraba hacia delante, pidiendo orientación, una respuesta o una señal.

No sintió la presencia maligna hasta que aquella lo empujó violentamente, alejándolo del altar.

Sus hombros y su cabeza golpearon con fuerza contra la pared más lejana. Luchando para estar alerta, vio que cambiaban las sombras encima del altar. Los cuerpos, las alas, las cabezas y las colas de los dragones cambiaban de forma. La cara de Sullivan se transformó en un doloroso gesto de disgusto al reconocer a unos seres que no había visto hacía más de veinte mil años.

-Se aproxima la profecía -susurró una voz sombría. -Ha pasado el cuarto sol, el quinto sol se despierta. Sullivan abrió la boca para responder. Su garganta se ampolló cuando un aliento de fuego se precipitó hasta el fondo de sus pulmones. Trató de toser pero no pudo; trató de exhalar pero le fue imposible. Le ardían los ojos y jadeaba para poder respirar.

Un viento poderoso pasó arrasando por la sala. Retumbó como trueno en la apertura de atrás del altar. El cuerpo de Sullivan se desmoronó, cayendo al piso. Las sombras desaparecieron; un segundo más tarde reaparecieron los gritos horribles.

CAPITULO DOS

XXXXXXXXXX

-Así que, Diego, -dijo Álvaro, observando a su hijo engullir su desayuno, -hoy entras al séptimo grado. Ahora ya eres todo un hombre, ¿verdad?

-Los hombres grandes no comen en un comedero como cerdos, -dijo su madre Alejandra. -No lo hacen, a menos que tu quieras terminar viéndote como éste, dándole unas palmaditas al amplio estómago de su padre.

Álvaro sonrió al poner su brazo alrededor de los hombros de su esposa. -¿Y qué puedo hacer? Me casé con la mejor cocinera del condado.

Alejandra cruzó los brazos y le dirigió a Álvaro una de sus miradas especiales.

-Bueno, -dijo él, -la mejor cocinera de California.

Diego les sonrió a sus padres. Sus diálogos juguetones le alegraban el corazón. Ver el amor en sus ojos hacía que se sintiera aún mejor en su hogar.

Se deslizó de su silla, mientras se limpiaba la boca con una servilleta. La dobló y la dejó sobre la mesa antes de levantar sus plato y cubiertos. Caminó hasta la cocina, y enjuagó muy bien su plato, tenedor y vaso antes de ponerlos en la máquina lavaplatos.

-Papá, voy a estar listo en un minuto, dijo, corriendo rápido alrededor de sus padres. Dio dos pasos pasando al lado de su madre antes de que ella se aclarara la garganta de manera firme. Diego sabía qué significaba ese sonido. Se dio media vuelta, mirando hacia la cocina.

-Disculpa, mamá dijo. Caminó hacia la mesa y empujó su silla hacia adentro.

-Buen muchacho, Diego, le dijo Alejandra -no podemos permitir que crezcas y te conviertas en un flojo, ¿verdad? ¿Cómo se sentiría entonces tu pobre esposa?

-Mamá, dijo Diego, -Porqué siempre hablas de cuando esté casado? ¡Si sólo tengo doce años!

-Nunca es demasiado temprano para aprender buenos hábitos, miijo.

XXXXXXXXXX

Álvaro dobló con su camioneta en Twin Oaks Valley Road. Se puso en su postura favorita para manejar, con la palma de la mano derecha descansando sobre el volante y su codo izquierdo rebotando en su rodilla. Chequeó sus espejos, y volvió a hacerlo para asegurarse de que estaba entrando a la calle principal de manera segura.

-Finalmente ¿supo alguien qué le pasó a la pobre Raquel? -le preguntó a Diego. -Fue terrible cuando desapareció así, puf, de noche, sin dejar rastro.

-Si, dijo Diego, sintiendo de pronto que la extrañaba nuevamente.

-Nadie sabe nada. La policía nunca la encontró. Nadie la encontró. Es como que ella se fue y nunca más regresó.

-Tal vez uno de estos días regresará a la casa, dijo Álvaro, haciéndose la señal de la cruz. -Por lo menos sus padres están finalmente llegando a aceptarlo. Por un tiempo pensé que su padre estaba perdiendo la cabeza.

-Y a ti, papá ¿no te pasaría lo mismo? ¿No te volverías loco si me perdieras a mi o a Esteban?

-¿Estás bromeando, hijo? Estaría loco, Diego. Mis hijos son todo para mí, excepto por tu madre, por supuesto. El miró a su hijo con una sonrisa.

-¿Estás contento con Esteban, papá? preguntó Diego, cambiando de tema. - Tiene trabajo y una novia nueva.

Álvaro condujo en silencio por un momento. Casi se le cae una lágrima pensando en su hijo mayor: sobre lo cerca que estuvieron de perderlo para siempre y sobre su propio papel en la muerte de Marisol. Se estremeció, pidiéndole consuelo a la Virgencita.

-Es maravilloso, Diego, dijo él. -Tu tienes nuevamente a tu hermano, y él ha vuelto a nuestro hogar. El cambio es admirable. A Catalina se la mandó Dios.

Álvaro giró, dirigiéndose hacia el estacionamiento de la escuela. Tomó su lugar en la cola, detrás de una docena de padres que esperaban dejar a sus hijos por el día.

-Déjame acá, papá, -dijo Diego. Tomó la manija de la puerta con una mano y las tiras de su mochila con la otra.

-Espera un segundo mijo, -dijo Álvaro. -Esperemos hasta que se hayan ido los otros carros. Quiero hablar contigo de algo.

Por un momento Diego se sintió confundido. Luego soltó la puerta.

-¿Qué pasa, papá?

-Quiero saber como te sientes. Es un año de escuela nuevo para ti y éste es tu primer día. ¿Estás bien? ¿Quisieras hablar de algo?

-No, papá, contestó Diego. -¿Porqué? ¿Estás bien tú?

-Si, mijo, estoy bien pero tu madre y yo tuvimos una larga conversación anoche, acerca de ti.

Diego se hundió nuevamente en el asiento de la camioneta. Sintió que se venía otro de los sermones de su papá. Iba a tener que quedarse sentado, tranquilo y aguantárselo.

-¿Qué cosa hablaron de mí, papá?

Álvaro se aclaró la garganta, -El año pasado pasaron cosas muy extrañas, mijo. Tú te pusiste un poco raro por un tiempo, ¿recuerdas? Saliendo fuera de la casa en el medio de la noche, hablando sin parar de esa extraña estatua que te dio el señor Sullivan. Estamos un poco preocupados, eso es todo. Queremos estar seguros de que nuestro pequeño Diego va a estar bien. Nos preguntamos si lo que pasó el año pasado podrá pasar nuevamente.

-¡Papá, yo no soy pequeño!

-Ya lo sé, hijo, ya lo sé. Ahora eres un hombre grande.

Diego miró fijo a su padre, masticando sus mejillas.

La camioneta llegó al punto de bajada. Álvaro se estiró y le apretó el hombro a Diego.

-¿Qué le pasó a tu estatua, mijo...quiero decir, a Magnífico? Él se fue casi al mismo tiempo que Raquel desapareció. ¿Lo has visto?

-No, papá. -Dijo Diego.

-¿Crees que se ha ido para siempre? Preguntó Álvaro.

Diego pensó en la última vez que vio a Magnífico. En su sueño con Raquel estaba mirando hacia arriba y lo detectó en el cielo. Magnífico le hizo una señal, un poderoso rugido, antes de disolverse entre las nubes.

-No creo, papá. Magnífico y yo somos amigos, y como tú siempre me has enseñado, un amigo verdadero es un amigo para toda la vida.

Para gran fastidio de Diego, Álvaro le revolvió el pelo, y también le dio un apretón en el hombro. Diego le tiró un puñetazo en la pierna, lo más fuerte que pudo. Como si le pegara con una pluma a una piñata, su puño rebotó sobre el muslo de su padre sin causarle el menor daño.

Álvaro envolvió el cuello de Diego con un fuerte brazo. -Te veo esta tarde, mijo.

-Adiós, papá.

CAPITULO TRES

XXXXXXXXXX

Manteniendo su mente en perfecta calma, Magnífico se remontaba entre las estrellas. Cada tanto inclinaba sus grandes alas, sintiendo más que viendo en que dirección debía ir. Había mantenido sus ojos cerrados por casi una hora, atrayendo hacia sí corrientes de energía cósmica. Saboreando el gusto del cielo, él esperaba algo que no había visto en cientos de años.

Buscaba la Grieta Oscura, o como lo habían llamado los antiguos, el Camino Oscuro. En algún lugar en el centro de la galaxia, él encontraría una franja misteriosa de nubes negras. A diferencia de todas las otras constelaciones de las estrellas, ellas señalaban la entrada de un nuevo sol, una nueva era para todas las criaturas, mortales o inmortales, mágicas o comunes, humanas o extraterrestres. Bendecida por el espíritu del universo, la Grieta Oscura traería la salvación para todos.

Dependía de Magnífico el encontrar la apertura. Una vez que la localizara, los Dragones del Sol hallarían la clave para descifrar sus misterios. Sus fuerzas desatarían el resplandor reluciente del sol sobre la Grieta, revelando la luz interior contenida en el camino oscuro.

La transformación será una visión increíble, pensó Magnífico. Los habitantes de la tierra finalmente conocerán la paz. Los conflictos humanos se desprenderán, cayendo como la piel vieja que abandona una serpiente. Las máscaras de los falsos profetas se disolverán como brasas moribundas, mostrando al mundo sus mentiras y esquemas.

Magnífico inhaló con fuerza y luego giró apenas su cabeza. Los espíritus de las estrellas armonizaban con el fuego mágico de su vientre. Inclinando profundamente su ala, se elevó hacia una luz distante.

Sus escalas resplandecían, erizándose al aproximarse a su destino. Con cada latido de su corazón, su espíritu sentía que se acercaban a la Grieta Oscura. El extendió su ala derecha, creando un sendero a través de un campo de estrellas pequeñísimas. Voló en círculos más de una vez, asegurándose de que la sensación se repitiera nuevamente.

Abrió sus ojos muy poco, lentamente, localizando su posición en el sistema solar. Mientras las estrellas se realineaban, él logró ver la tenebrosa apertura que llevaba a la Grieta. Se veía como si una vela gigante, de miles de millas de largo, repentinamente hubiera hendido una veta en el espacio, que se movía por un momento y luego desaparecía.

Mirando para atrás, hacia su cola, examinó la órbita galáctica que sólo él podía ver. Volviéndose hacia el sol, midió su ubicación en la larga línea de estrellas. Cuando se sintió seguro de que podría encontrar a la Grieta nuevamente, batió sus alas perezosamente, disfrutando la sensación de su vuelo libre.

Como un fantasma entrando por una puerta abierta, un dragón monstruoso con cuernos puntiagudos y ojos de demonio flotó a través de la Grieta. Una manada de dragones más pequeños lo seguía, volando directamente hacia Magnífico. Completamente invisibles, parecían como agujeros negros que flotaban en el espacio.

Atacaron a su víctima sin miedo ni piedad. El líder de los atacantes cortó a Magnífico a lo ancho del cuello con sus enormes garras. Invocando siglos de experiencia en peleas, Magnífico evitó el salvaje ataque, enviando sus propias garras volando hacia todas las direcciones. Extendiendo sus garras, buscó frenéticamente a su oponente. Arremetió con su punzante cola, sin golpear a nada, excepto al vacío del espacio.

Sintiendo su vulnerabilidad, los feroces animales se concentraron, pululando desde todas las direcciones. Magnífico peleó como un demonio, lanzando a los enormes monstruos a la distancia. Le desgarró el ala a uno, le mordió la pata a otro y les cortó el cuello a dos más. Con cada ataque probó su sangre maloliente. Usó toda la fuerza que tenía pero ellos eran demasiados.

Los Dragones de la Grieta Oscura finalmente atraparon a Magnífico en un campo energético, usando su propio espíritu para aumentar la fuerza de la celda. Formando un círculo alrededor de él, se aseguraron de que permaneciera como su prisionero.

El líder se le acercó. Habló, recitando un hechizo que reveló su identidad.

Magnífico inhaló una bocanada de aliento helado.

-Vípero, dijo, exhalando lentamente, el miedo cosquilleando los poros de su piel curtida.

-Magnífico, siseó el líder de los Dragones de la Grieta Oscura. –Nos volvemos a encontrar.

-¿Cómo, susurró Magnífico...cómo es posible? -¿Eres ahora más poderoso que el sol?

-No tiene importancia el método de mi transformación. Estoy acá para quedarme con lo que es legítimamente mío. Yo declaro como mía esta galaxia y todos sus habitantes. Tu reunirás tus despreciables fuerzas y desocuparás el sol inmediatamente.

-La profecía dice lo contrario.

-¡Tu profecía! Detonó Vípero, los cielos se sacudieron con la fuerza de su voz. Su cuerpo se retorció y crecía en tamaño con cada momento de ira.

-Nuestro futuro lo creamos nosotros mismos; no es eso lo que siempre me enseñaste?

-Tú te has olvidado de las lecciones, Vípero. El quinto sol se aproxima. Le seguirá un renacimiento espiritual que será para todas las criaturas. El guía ya ha sido elegido. Él ha pasado su primer prueba con honor, y hará...

-¿Quién es el guía, Magnífico? Dirígeme hacia él.

-No juegues con fuerzas que no puedes entender. Los Espíritus del Sol han encontrado su lugar de reposo. Déjalos tranquilos, y deja que la gente de la tierra cumpla con su destino.

-La gente de la tierra, dijo Vípero, burlándose. Están marchando hacia su propia muerte como recién nacidos buscando las tetas de su madre. No se dan cuenta de que la leche que tanto desean está agria, más allá de toda descripción.

-No son perfectos -dijo Magnífico- pero ni tú ni yo podemos erigirnos en jueces de los seres de otra raza.

-Empatía, -siseó Vípero, -¿también has olvidado tus lecciones, amigo? ¿No recuerdas nuestra experiencia en la Galaxia Espiral?

Al evocar este recuerdo, Magnífico se tensó, forzando el límite del campo energético. Rugió con frustración pues el poder de la oscuridad lo retenía fuertemente. Pudo liberar una de sus garras traseras, la cual usó para luchar contra las fibras incandescentes.

Lo rodearon los sirvientes de Vípero, siseando de manera salvaje al que los había aprisionado hacía tanto tiempo. Dos de ellos volaron cerca de la cara de Magnífico, pasando con los bordes dentados de sus alas a pocos centímetros de sus ojos.

-Tú no te puedes escapar, -dijo Vípero. -Te llevarán adentro de la Grieta, a un lugar que ni siquiera el primer sol recuerda. Buscaremos al guía y también lo aprisionaremos. El quinto sol convocará la destrucción de la tierra, no la gloriosa

resurrección de sus gentes. Cuando la corteza interior del planeta implosione y la tierra ya no exista, descenderemos con toda nuestra fuerza sobre el sol. Entonces destruiremos a los Dragones del Sol. El sol será mío para poseerlo y disponer de él.

-¡No! -Rugió Magnífico. -La profecía no puede ser alterada. Tu fallarás, Vípero. La luz siempre triunfa por sobre la oscuridad, ya lo verás.

Vípero ya había oído lo suficiente. Arrojó una llamarada rojiza hacia Magnífico. No lo hizo para dañar a su enemigo; sólo para enmudecer su voz.

Siguiendo las órdenes de sus líderes, los dragones cerraron filas y unieron sus alas al campo de energía. Pegando sus cuerpos a las centellantes barandas y formando un círculo estrecho alrededor de Magnífico, se convirtieron en su propia estrella en el espacio. Juntos, arrastraron a su prisionero a la Grieta Oscura.

CAPITULO CUATRO

XXXXXXXXXX

Diego se sentó en la parte de atrás de la clase de ciencia, con Ricardo y José. El timbre había sonado hacía unos pocos minutos, y los tres muchachos continuaban sentados y quietos, totalmente aburridos. Les gustaba La Sra. Elise, sus lecciones usualmente los mantenían despiertos e interesados, pero hoy tenían otras cosas en sus mentes.

La práctica de fútbol comenzaría pronto. Ellos, junto a otro muchacho, serían los únicos jugadores que regresaban al equipo. Casi todo el resto de los clubes en su división disfrutaban de una lista completa de jugadores que regresaban.

Les importaba mucho ganar. Era una fuente de orgullo para ellos, sus familias y para la escuela. Aún así, su entrenador los estaba preparando para enfrentar la realidad, diciéndoles que no deberían esperar tener tan buenos resultados como tuvieron el año anterior.

-¿Qué piensas del chico de Irlanda?, preguntó José susurrando en voz muy baja.

-¿Jameson? -¿El que se acaba de mudar acá? preguntó Ricardo.

-El sí juega bien, pero no hemos jugado juntos por mucho tiempo. Tal vez podamos jugar, tal vez no.

-Sí juega bien, Okay, -dijo Diego. -La última semana durante las pruebas, pasó alrededor de nosotros dos como si hubiéramos estado parados, quietos.

-Eso es porque me hiciste tropezar tratando de defenderlo a él, bobo, dijo Ricardo.

José se lanzó a reír, causando que la Señora Elise se diera vuelta en dirección a ellos. -¿Tienes algo que compartir con la clase, José?

-No, Señora Elise, Lo siento, no pasará nuevamente.

-Asegúrate que no suceda. Ricardo, Diego, ¿hoy tengo que mantener un ojo vigilante con ustedes dos también?

-No, Señora Elise, dijeron ambos muchachos juntos.

Un segundo más tarde José, con su teléfono celular sobre las piernas, les mandó textos a Diego y a Ricardo, pero sólo Ricardo le contestó. Mientras José y Ricardo comenzaron a conversar silenciosamente, Diego se encontró a sí mismo mirando fijo al pizarrón blanco, sin parpadear. La señora Elise trabajaba rápidamente, escribiendo símbolos y fórmulas para la clase, pero no era su lección lo que absorbía la atención de Diego.

Había caído en un trance profundo. Sus ojos permanecían abiertos, pero un brillo vidrioso cubría cada uno de sus iris. Comenzó a sentir estremecimientos en la columna. Su piel hormigueaba como si mil pequeños insectos corretearan a través de sus poros.

No escuchaba nada, excepto el rugido familiar del dragón que se había convertido en su amigo un año antes. El tono de la voz de Magnífico reflejaba miedo y desesperación. El cuerpo de Diego se sacudió de manera incontrolable.

Sobre el puente de su nariz se acumularon pequeñas gotitas de sudor. Apenas podía sentir la pequeña cantidad de saliva que escapaba de su labio inferior. Parpadeó una vez y la visión se materializó.

Magnífico, su glorioso dragón y amigo íntimo estaba recostado sobre su espalda, gritando con un dolor indescriptible. Dragones extraños, ninguno de los cuales se le parecía, lo rodeaban sentados en rocas filosas y ramas cercanas. Tomando turnos, cada uno de ellos lo escupía a Magnífico. Lo que expulsaban de sus bocas no era fuego, si no que se parecía más a electricidad. Al hacer contacto, Diego vio que el cuerpo de Magnífico se enroscaba y retorció cuando la energía pulsante serpenteaba sobre sus escalas. Él trataba de morder a los dragones con el poco movimiento que le quedaba, pero sus ataques eran inútiles. Los extraños dragones mantuvieron su vigilia, desternillándose de risa cada vez que Magnífico se doblaba en agonía. Finalmente, habiendo usado toda su fuerza, retrocedió, rugiendo con frustración hacia sus enemigos.

Los dragones detuvieron su asalto. Esperaron, aunando sus ataques en un atado de rayos poderosos. Le pegaron a Magnífico con un impacto tan enorme, que él le chilló fuertemente con dolor al sol antes de caer hacia delante, inconsciente.

-¡No! -Exclamó Diego.

Inmediatamente la clase se sumergió en un silencio incómodo. Cada par de ojos siguió a la señora Elise yendo hacia Diego, quien estaba sentado colgando medio afuera de su pupitre. Un sudor frío le empapaba la camisa y la frente y los ojos le lagrimeaban con inquietud. Ricardo y José miraron a su amigo.

-¿Estás bien, amigo? Preguntó Ricardo.

-Diego, dijo José. -¿Qué pasa hombre?

La señora Elise no tomó ningún riesgo. Ella ya había visto convulsiones antes. -Niños, quiero que todos guarden sus materiales y que sigan a Luz afuera de la sala. Nos reuniremos frente a la oficina principal y nos quedaremos allí hasta que yo les avise.

Algunos de los estudiantes se pararon, listos para obedecer sus órdenes. Otros todavía estaban sentados en sus asientos, aturcidos por el aspecto de la cara de Diego.

-¡Levántense todos de sus asientos, ahora mismo! Dijo la Sra. Elise, aplaudiendo con sus manos. Los estudiantes salieron de la clase. José y Ricardo fueron los últimos en salir. Querían asegurarse de que su amigo estuviera bien.

-¿Diego? Preguntó la Sra. Elise. -Quédate sentado tranquilo. He mandado a llamar a la enfermera. Llegará en cualquier momento.

Diego sacudió la cabeza, frotándose los ojos con las palmas. -Yo pienso que ahora ya estoy bien, Sra. Elise. Sólo necesito que...

El aula tembló. Los libros cayeron de los estantes, las ventanas se sacudían. Los escritorios vibraron, resbalando a lo ancho del piso laminado.

-Agáchate, Diego, dijo la Sra. Elise, -en el piso, al lado de los estantes de libros, cerca de la puerta. Quédate a buena distancia de las ventanas. Ella corrió a su estudiante, guiándolo rápidamente hacia dónde quería que se recostara. -Quédate acá, tengo que ver como están los otros alumnos.

-Si, señora Elise, me quedaré aquí mismo.

La maestra salió de la puerta gateando. Tomó la manija de la puerta, volvió a mirar a Diego con preocupación y salió hacia afuera. Cuando la puerta se cerró detrás de ella, no podía creer lo que estaba viendo.

Era una tarde perfecta del sur de California. El sol brillaba alto en el cielo. Una brisa leve se movía tranquila en el área de los juegos. La escena parecía perfectamente pacífica.

La maestra miró hacia la oficina. Vio a sus estudiantes todos agrupados, como se los había preparado para que respondieran en caso de una emergencia. Observó

que la enfermera de la escuela cerraba con llave su oficina y se dirigía sobre la banqueta hacia su salón.

-¿Cuál es el problema? Le preguntó a la Sra. Elise cuando llegó.

-Es Diego. Le pasa algo malo, parece como si le hubiera dado un ataque, pero no hay nada en su archivo que indique una historia de algo así.

-¿Está todavía dentro de la sala? –preguntó la enfermera.

-Si. Lo ayudé a agacharse y a cubrirse cuando ocurrió el terremoto.

-¿Qué terremoto?

-Comenzó hace unos pocos minutos, -dijo la Sra. Elise. –¿No lo sentiste?

-No pasó nada, -dijo la enfermera. –Todo lo que he hecho es hablar con los estudiantes acerca de la condición de Diego. Es mejor que entremos y veamos como está ahora.

La enfermera hizo girar la manija y tiró. La Sra. Elise rasgó el bolsillo de su falda al sacar las llaves del mismo. Insertó la llave en la puerta, giró para abrir y tiró de la puerta. La puerta se mantuvo firme; ninguna de las dos pudo moverla ni un centímetro.

-Diego, -dijo en un susurro.